

que tenía de abrazar, ántes de morir, al misionero, al apóstol de la más bella virtud del Evangelio. Muchas vírgenes, no sólo de toda Italia, sino también de la Mauritania, se dirigían á Milan para recibir de manos del santo arzobispo el velo de su consagración. Sus palabras tenían tanto atractivo, que las madres mundanas encerraban á sus hijas para que no asistiesen á sus discursos, y quisiesen ir á consagrarse al Señor. Pero es necesario observar que, según el mismo San Ambrosio, y aún ántes que él hubiese comenzado á predicar sobre la virginidad, existía un gran número de almas que habiendo abrazado esta profesión sublime, vivían reunidas, trabajando, no sólo para vivir, sino también para dar limosnas, y tenían un celo y una industria singular para atraer otras jóvenes á esta santa profesión. (*De virgin.*, lib. 1, c. x.) Ellas no vivían en convento, sino en casa de sus padres; ellas se reunían algunas veces en la iglesia, donde tenían un lugar separado para conferenciar entre sí, y distribuirse las obras de la instrucción religiosa de las mujeres y de la caridad. (*Ad virg. laps.*) Es, pues, indudable que estos ejemplos ejercieron una gran influencia sobre el entendimiento y el corazón de San Ambrosio, que de ellos tomó ese santo entusiasmo de la virginidad, que es la flor inmaculada de sus himnos, el encanto de todos sus escritos, y en particular del *De las vírgenes*.

Por lo demás, el mismo San Ambrosio lo ha confesado explícitamente en estas dulces y afectuosas palabras con que termina su hermosa obra dedicada á las vírgenes: «Ved aquí, santas vírgenes, les dice, los pequeños dones que os he preparado. Aún no hay tres años que soy sacerdote; por consiguiente, una larga experiencia no ha podido sugerirme lo que os he dicho. No es doctor de la religión el que no ha pasado de novicio. Pero lo que mi experiencia no ha podido enseñarme, me lo ha enseñado vuestra conducta y vuestras costumbres. Las flores que encontraréis tal vez en esta obra, sabed que las he recogido de vuestro seno, es decir, de vuestra vida. No tanto son preceptos que doy á las vírgenes, como ejemplos tomados de la conducta de las vírgenes; y que yo presento á la vista de todo el mundo. Mi discurso no ha hecho otra cosa que trazar aquí la imagen de vuestra virtud. En este tratado vais á ver, como en un espejo, el retrato de vuestra vida, radiante de luz. Si en él encontráis alguna gracia, vosotras me la habeis inspirado. Todo cuanto este libro contenga de bueno, os pertenece. Yo debí excitar por este

medio el amor de la desposada (de la virgen cristiana consagrada á Jesucristo). Supuesto que se trata de nupcias, debí embellecer los cabellos de la esposa, al ménos con los adornos y las gracias de la palabra; debí esparcir rosas sobre su tálamo misterioso y eterno. Así como en las nupcias temporales se felicita á la desposada ántes de mandarle, por temor de que el amor retroceda ante la severidad de los preceptos, si se encuentra expuesto á las pruebas ántes de haberse afirmado por las caricias, de la misma manera en estas nupcias espirituales debí procurar que la virgen sagrada pudiese complacerse en su piadoso amor, ver y admirar, desde su entrada en el aposento nupcial, las columnas coronadas de guirnaldas de hojas inmortales, y los piés dorados de su tálamo celestial; debí hacer que experimentase interiormente la satisfacción de ser aplaudida por los coros de sus ángeles, por miedo de que, asustada y temerosa del yugo del Señor, pensase en sustraerse á él aún ántes que se le mandase someterse á él.»

§ XXII.— Digresión sobre San Hilario, San Paulino y San Remigio, y sobre lo que ellos debieron á las mujeres.— San Gregorio el Grande formado á la santidad y á la vida religiosa por su madre.— Monumento por el que le manifestó su reconocimiento.— La madre de San Isidoro formando de sus diez hijos otros tantos santos.

Antes de tratar de San Gregorio el Grande, el último de los cuatro principales Padres de la Iglesia latina, debemos detenernos unos instantes para manifestar nuestro reconocimiento á las santas mujeres que nos han dado algunos de los Padres anteriores á él, como son San Hilario, San Paulino y San Remigio. De San Leon trataremos despues.

Santa Quieta, madre de San Hilario por la sangre, fué también su única madre en la fe. Por sus exhortaciones el jóven Hilario, hijo de un padre pagano, estudió profundamente la religión al mismo tiempo que la filosofía, hasta el punto de llegar á reconocer que la verdad se encuentra únicamente en el Cristianismo, y hacerse, por consiguiente, cristiano. Habiendo muerto su madre, su esposa, cuyo nombre se ignora, y su hija única, llamada Apra, convertida de nuevo al Cristianismo, tuvieron el cuidado de instruir á su esposo



y padre en las costumbres y en la práctica de la vida cristiana. Y consiguieron tan bien su objeto, que Hilario, en medio de las ocupaciones del siglo, no estudiaba más que los libros santos, y que, á pesar de ser lego, estaba considerado á los ojos de los fieles como poseedor de la gracia del sacerdocio. Esto hizo que, habiendo quedado viudo, y consagrándose á Dios su hija por el voto de virginidad, el pueblo de Poitiers le aclamó por unanimidad, y le obtuvo por obispo de aquella diócesis. De este modo concurren tres mujeres cristianas á formar el gran doctor de la Iglesia, la principal gloria de la Gaula cristiana despues de San Ireneo; el teólogo de la Trinidad, el azote del arrianismo, el maestro de San Martin, el padre de un pueblo de santos, el primer intérprete latino de los Evangelios, ante quien se inclina el genio de San Jerónimo con admiración y respeto.

San Paulino, obispo de Nola, se santificó por el trato con su esposa Teresa, por cuyos consejos, mucho ántes de recibir las órdenes, se habia obligado á vivir en una perfecta continencia. ¡Cuán hermoso era ver al santo obispo, al gran teólogo, al escritor elocuente, al maestro de Sulpicio Severo, al amigo de los más grandes hombres de su siglo, retirado en la iglesia donde reposaban las reliquias del mártir San Félix, considerándose como el portero de ella, porque él mismo la abria todas las mañanas, la barria diariamente y la custodiaba de noche! Pero ¡cuán hermoso era tambien verle emplear todos sus bienes en alimentar y vestir á los pobres de toda la comarca, en librar de la prision á los deudores insolventes, en redimir á los cautivos; y cuando habia agotado todos sus recursos, venderse él mismo por esclavo á los bárbaros, para librar de sus manos al hijo de la viuda! Pero él tuvo mucho tiempo á su lado una mujer angelical, que fomentaba en él estos piadosos sentimientos y estos prodigios de caridad, que le hicieron la admiración y las delicias del mundo.

San Remigio, el grande y digno sucesor de San Hilario en la interpretación de los libros santos; ese hombre tan extraordinario, que apenas contaba veinte años cuando el pueblo de Reims fué á buscarle á Leon para elevarle por fuerza al episcopado, es tambien una de las mayores glorias de la Gaula, bajo el aspecto científico y político, lo mismo que bajo el aspecto cristiano. Habiendo sido su vida tan larga como prodigiosa, en los setenta y cuatro años que

ocupó la silla episcopal de Reims puede decirse que gobernó todas las demas iglesias de la Gaula, dando al clero el primer código de su conducta, y á los obispos la regla para gobernar el rebaño del Señor. (Surius, *in Vita.*) San Remigio fué tambien un gran apóstol de las Gaulas, despues de San Martin, y el hombre más elocuente de su siglo; Taumaturgo, profeta legado del papa San Hormisdas para arreglar á su arbitrio los negocios de la religion en toda la Gaula cristiana, que comprendia toda la parte occidental de Europa y una gran porcion de la Alemania, y ademas fué un gran hombre de Estado. El reino de Francia, como veremos despues, le debe tanto ó más que la Iglesia. No sólo constituyó él en todo el rigor de las palabras la grande y bella iglesia de Francia que, apenas nacida, engendró otras muchas, sino que siendo el apóstol y el consejero de Clodoveo, constituyó tambien el reino cristianísimo de Francia, modelo y apoyo de todos los reinos cristianos. Pues bien, á las mujeres debé la Iglesia y el Estado un hombre tan grande. Habiéndole dado á luz Santa Cilinia en una edad muy avanzada, le consideraba como una cosa sagrada, le miraba como una reliquia, y le educó con un cuidado especial para Dios y para la Iglesia; le penetró del espíritu del Cristianismo, é hizo de él un santo aun ántes que llegase á ser hombre. San Montano, el solitario, anunciando á su madre este niño del prodigio, le habia anunciado que sería la salvación de los pueblos y el restaurador del reino. *Populorum salutem et regni restauratorem futurum.* Esta bella y magnífica profecía fué confirmada por un milagro. San Montano era ciego, y habia dicho tambien á Santa Cilinia: « Cuando hayais dado á luz el niño que os anuncio, y á quien llamaréis Remigio, ungiréis mis ojos con algunas gotas de vuestra leche, y me volveréis la vista »; lo que sucedió en efecto como el santo hombre lo habia anunciado. (*Vida de San Remigio.*) Siendo San Remigio hijo de una santa, tuvo otra santa por nodriza, que fué Santa Balsamia, contada tambien en el número de los santos, y madre de San Celsino, discípulo y colaborador de San Remigio en su doble apostolado religioso y político.

Así, pues, anunciado y bendecido por un santo, aun ántes de nacer, engendrado por una santa, alimentado por una santa, y teniendo un santo por hermano de leche y por compañero, criado en una atmósfera de santidad, no es extraño que fuese un prodigio de santidad. Así es como los santos forman los santos, especialmente



cuando la mujer católica se mezcla en ello, porque ella, mejor que el hombre católico, sabe imprimir la religion en el corazón de la virgen y del niño por medio de la educación, y formarlos para la santidad.

Más adelante veremos que á una mujer, á Santa Clotilde, esposa de Clodoveo, debió San Remigio, en gran parte, los triunfos que alcanzó sobre este rey y sobre sus pueblos, porque ella fué quien convirtió á su esposo; por consiguiente, las verdaderas grandezas de la Francia comenzaron por dos mujeres, una de las cuales, Santa Cilinia, le dió el más grande de sus obispos, y la otra, Santa Clotilde, el más grande de sus reyes.

Y San Gregorio, llamado con mucha razon el Grande, porque reunió en su persona toda especie de grandeza, la grandeza de la nobleza, la grandeza de la elocuencia, la grandeza de la doctrina, la grandeza del pontificado, y sobre todo, la grandeza de la santidad; San Gregorio, repito, tanto en lo moral como en lo fisico, fué obra de Santa Silvia, su madre.

Casada esta noble matrona con Gerolino, senador de Roma y poseedor de una gran fortuna, hizo de su esposo un santo, porque habiendo tenido de su matrimonio al niño Gregorio, persuadió á Gerolino que se separasen los dos, para dedicarse enteramente al servicio de Dios. Gerolino recibió las órdenes, y murió siendo uno de los siete diáconos que en Roma tenían cuidado, cada uno en su demarcación, de los enfermos y de los pobres. Santa Silvia se consagró al Señor con el voto de castidad, y se retiró á un pequeño oratorio hasta que Gregorio acabó sus estudios. Y así como ella habia conseguido santificar á su esposo, consiguió tambien santificar á su hijo; ella le inspiró tal desprecio de las riquezas, que el jóven Gregorio, cuando fué dueño de su fortuna, no hizo uso de ellas sino para socorrer á los pobres y fundar monasterios; sólo en Sicilia, donde poseia grandes bienes, fundó seis. Santa Silvia le infundió tambien un afecto tal á las cosas espirituales y á las prácticas religiosas, que Gregorio, aun en medio del mundo, vivia como un anacoreta. Él fué nombrado pretor de Roma siendo todavia muy jóven, y se hizo admirar en este importante cargo, tanto por su sabiduría y su justicia, como por el fervor de su piedad, la pureza de sus costumbres y la santidad de su vida. Ella, en fin, le inspiró un gran afecto á la vida religiosa, santa y perfecta, y cuando le vió renun-

ciar su cargo para hacerse monje, no sólo tuvo una extraordinaria alegría, sino que le ayudó y le animó á la vida penitente de su nueva profesion. Porque, en efecto, ella era quien le preparaba y le enviaba al monasterio del monte Celio, donde él se habia retirado, legumbres, y nada más que legumbres, para su alimento. (Surius, *in Vita*.)

El mismo San Gregorio quiso dejar un monumento de lo que él creia deber, como doctor, á la ilustrada piedad de su madre. Él la hizo pintar sentada á su lado, vestida con una túnica blanca, con el bonete de doctor en la cabeza, extendiendo los dedos de su mano derecha como para bendecir, y teniendo en la mano izquierda el libro de los salmos abierto, presentándolo á su hijo. ¡Ay, no es así como los cristianos de nuestros días pueden hacer que retraten á sus madres! ¿Pero por qué éstas no educan cristianamente á sus hijos?

Más adelante veremos que, elevado San Gregorio al sumo pontificado de la Iglesia, hizo cosas grandes é importantes en beneficio de la Iglesia y de la humanidad, por el concurso de las mujeres.

Entre tanto, el mismo Santo nos recuerda á su amigo íntimo, San Isidoro de Sevilla, el santo más grande de España, el martillo de los arrianos, el apóstol de los bárbaros, uno de los padres, una de las columnas, una de las glorias de la Iglesia en el siglo VI; porque él hizo en España lo que Boecio y Casiodoro habian hecho en Italia; él dotó á su país de una enciclopedia completa de todas las ciencias. Pues bien, este grande hombre, tan célebre por su ciencia como por su santidad, fué tan santo y tan sabio porque su santa y sabia madre, Teodora, lo educó en la santidad y le hizo instruir en todas las ciencias, habiendo hecho ella, lo mismo que Santa Emilia, de su casa, la más noble de España, un seminario de santos y de doctores. En efecto, su talento elevado y su corazón cristiano dieron á la Iglesia, además de San Isidoro, otros dos santos y sabios obispos y otras dos hijas santas. El primero de estos venturosos hijos fué San Leandro, arzobispo de Sevilla; su segundo hermano fué el gran San Isidoro, su discípulo, y su sucesor en el apostolado de los bárbaros, en los combates contra los herejes y en la silla arzobispal de Sevilla; el tercero fué San Fulgencio, obispo de Cartagena; la cuarta fué Santa Florentina, virgen, fundadora de muchos monasterios de vírgenes, que poseyó todas las virtudes de



su madre, y las realzó con la renuncia que hizo del siglo, para servir á Dios en la profesion de la santa virginidad; y la última fué Santa Teodosia, esposa de Leovigildo y madre de San Hermenegildo, el glorioso mártir de la fe católica en España, cuyos triunfos cantó San Gregorio el Grande, y del santo rey Recaredo, apóstol de los pueblos, y fundador de la monarquía católica en España, como Clodoveo lo fué en Francia. ¡Dichoso el vientre que dió á luz, benditos los cuidados piadosos de las santas mujeres que educaron tales hijos para que fuesen la salvacion del Estado y la gloria de la Iglesia!

Ved aquí un pequeño compendio de las relaciones de la mujer católica con los padres de la Iglesia. Ahora vamos á ver cómo ayudó ella á estos grandes hombres á mantener la pureza del dogma y á formar las costumbres cristianas, con el magnífico espectáculo de sus virtudes, cuyo principal teatro fué Roma.

§ XXIII. — Prodigioso número de santas mujeres que habia en Roma en la época de los Padres. — Las dos Melanias. — Maravillas de su celo y de su adhesion á la causa católica. — Su generosidad con la Iglesia y con los pobres. — La jóven Melania convirtiendo á Voluciano, á quien San Agustín no habia podido convertir.

Al trazar M. Capefigo el cuadro de la magnífica época de los padres de la Iglesia, dice: «La Ciudad Eterna era entónces la residencia de una multitud de peregrinos, que de los cuatro extremos del mundo iban á saludar los sepulcros de Pedro y Paulo. En las iglesias se veia agruparse una multitud de matronas romanas, y ellas daban impulso á todos los sentimientos cristianos.» (*Les quatre premiers siècles.*, etc., tom. III, pág. 310.) Nada es más cierto que esto. Jamas, en ninguna época ni en ninguna ciudad, se han visto á un mismo tiempo tantas mujeres de la más alta distincion, profesando el Cristianismo en toda su perfeccion, como se vieron en Roma en la época de los Padres; por el concurso de tales heroínas consiguieron aquellos grandes hombres fijar las reglas de la vida cristiana, é infundir en los pueblos las costumbres del Cristianismo; por ellas principalmente se cumplió entónces el oráculo de

San Pablo, de que Roma difundiria por todo el mundo los rayos de su fe y de sus virtudes, y reformaria el mundo: *Fides vestra annuntiabitur in universo mundo.* (Rom.)

El primer lugar en aquella pléyada de santas que apareció entónces en el hermoso cielo de la Iglesia, lo ocupó Santa Melania, llamada la Mayor (para distinguirla de su nieta, que tenia el mismo nombre, y que se llama la Menor), tan célebre en la historia eclesiástica

Siendo Melania hija de Marcelino, cónsul en 341, y heredera de una inmensa fortuna, era la más ilustre de las señoras romanas de su tiempo. Sus padres la casaron con un elevado personaje del Imperio; pero habiendo perdido en un mismo año á su esposo y á dos de sus tres hijos, cuando no contaba más de veinte años de edad, sufrió esta desgracia con una fe viva y con una firmeza heroica. En vez de derramar lágrimas, no hacía más que repetir con una admirable tranquilidad estas bellas palabras de Job: «Dios me los habia dado, y Dios me los ha quitado; ¡sea bendito su nombre!» (Job.) Y renunciando al mundo, que jamas le habia interesado, se consagró enteramente á la Iglesia, y tomó á su cargo todas sus necesidades y todos sus intereses, en toda la extension del Imperio. Habiendo principiado los arrianos á perseguir á San Atanasio, dejó Melania al hijo único que le quedaba (que despues fué pretor de Roma), y se embarcó para Egipto para ir á sostener y á defender de las asechanzas de sus crueles enemigos á aquel nuevo evangelista, á aquel defensor intrépido de la divinidad de Jesucristo, á aquella gran columna de la Iglesia. Queriendo visitar á los anacoretas de las montañas de Nitria, en el alto Egipto, para instruirse con sus exhortaciones y edificarse con sus ejemplos, San Isidoro de Alejandria se creyó obligado á acompañarla en su viaje. Ella vió y veneró, entre otros, á San Pambon, aquel prodigio viviente de santidad, á quien ella hizo ricas ofrendas, y á quien quiso tener el honor de enterrar con sus propias manos cuando murió. Habiendo el emperador Valente dispersado ó hecho aprisionar, en odio del Cristianismo, á aquellos santos solitarios, las mujeres católicas de Occidente se trasladaron al Oriente para honrar y socorrer á aquellos mártires de la penitencia, hechos confesores de la fe, venerados por todos los pueblos y perseguidos por los arrianos; y Melania fué la que se puso á la cabeza de aquellas expediciones de la fe y de la